

Ambigüedad del concepto de «real»

J. D. Robert

La ambigüedad que ofrece el concepto de lo «real»

Dada la diversidad de disciplinas científicas y filosóficas que lo manejan y los acercamientos diversos a lo real por parte de las artes y las religiones, es lo primero que expone el autor de este artículo, así como el planteamiento del problema del conocimiento y, correlativamente, el problema de la naturaleza ontológica de lo real, aprehendido por el conocimiento (71-77).

Hay ambigüedad dentro de la Física entre los deterministas y los indeterministas, en la teoría cuántica. Esto supone algo real cognoscible, pero es un concepto de realidad no suficientemente explicitado. Se hacen referencias a varias investigaciones últimas sobre este tema (Bernard d'Espagant, E. Bitsaki y otros, a diversos estudios del propio autor sobre este tema, en contacto y diálogo con varios físicos eminentes).

Pero no se trata de entrar en las discusiones mismas de los especialistas en Física. Tomando distancias —como filósofo— frente a estas discusiones, se parte del hecho que la Física, y las ciencias en general, trabajan con la ayuda de *modelos* y se sitúa el autor en el terreno en que comúnmente se mueven los físicos: el de una *concepción referencial* de los modelos: estos revelan algo «real» y no se trata en ellos de un *convencionalismo* o de un *nominalismo*. Entonces queda el problema grave de saber cómo se da el que nuestros modelos están en relación con un referencial común, la «realidad», y cuál puede ser la naturaleza y las cualidades de esta relación con la realidad.

No se trata sólo de la Física. El filósofo constata que también *las otras ciencias* pretenden captar las estructuras de la realidad que se les ofrece. Lo mismo cabe decir del psicoanálisis, del arte, de la religión —por ejemplo—, que pretenden decirnos algo acerca de lo «real» y la «realidad». Esto lo hacen a

veces en forma tremendamente imperialista, con la pretensión de alcanzar *las verdadera realidad*, privilegiando cada una su propio campo.

Hay, pues, una ambigüedad grande en la noción de «real», pues el hombre contemporáneo pone la cuestión de lo real en función de *aproximaciones múltiples*. Se sigue de ahí que hay un concepto de realidad sobre el cual vienen a focalizarse *todos* los conocimientos humanos. Pero, ¿en qué consiste esa realidad avistada por todos los conocimientos?

Está de por medio, pues, el problema del conocimiento y —correlativamente— el problema de la naturaleza ontológica de lo real aprehendido por el conocer. Y no es solamente una teoría general filosófica, articulada con una metafísica. Cada ciencia necesita su epistemología particular, e insiste el autor en las dificultades epistemológicas de los saberes antes apuntados con ejemplificaciones concretas (pp. 74-77).

*Hay que abordar, pues, la idea de lo real común, o el «en sí»,
en torno al cual giran todos los conocimientos humanos*

A fin de disipar las ambigüedades y dificultades presentadas hasta aquí. Hay que admitir diversidad de acercamientos y de intuiciones de lo real, pero es preciso también tener una sana comprensión de este famoso «real», al cual todos los conocimientos pretenden acercarse (pp. 77-80).

En una primera aproximación, tras preguntar a la historia, podrían distinguirse gruesamente algunas acepciones representativas:

1º «Real», «realidad» o «lo que existe» es —primeramente— cuanto exista totalmente «fuera» del hombre; un en sí sin relación ninguna con la humanidad pensante. La naturaleza *en sí*, antes del hombre.

2º Es —en segundo lugar— la existencia de una *naturaleza* (o una «materia») antes de la aparición de la conciencia, humana o animal, pero que es concebida —esta vez— como «algo» *cognoscible*: se confiere con ello una estructura de *inteligibilidad intrínseca* a lo real. Y desde aquí se percibe, en la reflexión filosófica, lo mucho que dista este concepto crítico de lo real de otro concepto crítico: el del «puro choc existencial», elaborado por Brunschwig. La ciencia, en relación a la cual se ha creado este concepto, no puede prescindir de este «choc existencial» de la experiencia. Pero, en razón de esto, la ciencia rechaza toda inteligibilidad intrínseca de la realidad: es una «x» incognoscible en sí, sobre la cual echa la ciencia su red de racionalidad matemática. Desde ahí la domina técnicamente, pero sin conocerla en sí.

Frente a esta concepción idealista, reacciona el realismo, destacando la inteligibilidad intrínseca, aunque sin dejar de ponerla en conexión con una actividad cognitiva de parte del sujeto, y en diversos niveles, como por ejemplo el sensible y el de la inteligencia, con sus estructuras propias, ligadas a su vez a las estructuras del lenguaje, y que no se identifican en modo alguno con las

supuestas estructuras, propias de lo real. Es aquí precisamente donde hay que situar la problemática de los modelos, que vamos a resumir.

La problemática de los modelos, desde la cual hay que precisar el alcance real del conocer, particularmente el científico (pp. 80-89)

Una cierta realidad compleja puede ser concebida como teniendo eventualmente «rasgos» que le son propios e intrínsecos: sus estructuras, si se quiere. Pero, cuando se conoce, se hace *siempre* en función de «simplificaciones» engendrados por las teorías, los conceptos, etc., especialmente porque estos están sumisos a ciertas leyes o estructuras del pensamiento racional, lógicas o matemáticas. Se puede llamar, pues, *modelo* a un cierto tipo de estructuración cuyo papel debe ser el de poner en relación con la realidad pero cuya forma de expresión lógico-matemática lo hace muy diferente de la estructuración intrínseca de lo real.

1º Hay, pues, dos tipos de estructuración: las estructuras intrínsecas de lo real y la estructuración lógico-matemática.

2º Parece evidente que no hay una *correspondencia paralela...*

3º Pero, si no se quiere caer en el agnosticismo o el nominalismo, o un puro pragmatismo, parece debe admitirse esto: a través o en función de los modelos puede ser alcanzado «algo» de las estructuras de lo real, aunque en forma mediata, indirecta y relativa, pero cognoscitivamente eficaz.

Cita el autor a físicos eminentes como Einstein o De Broglie, en relación con su posición y alude a otras interpretaciones: la solipsista, la pitagórica, la de la «colectividad intersubjetiva de las sensaciones» de Mach. Insiste en su posición, aportando precisiones. Se trata de un cierto «homomorfismo», como parentesco o correlación entre formas de tipos absolutamente diferentes, poniéndolo en conexión con la famosa tríada de Wittgenstein: estructuras del mundo/estructuras del lenguaje/estructuras del pensamiento.

Desde aquí continúa estableciendo precisiones epistemológicas y planteándose alguno problemas epistemológicos y ontológicos: las estructuras de tipo matemático son «engendradas» por los matemáticos a la vez en una libertad total con relación al mundo, pero también en dependencia con él. En cuanto a su alcance, ¿podría decirse que, gracias a estas mediaciones, se nos revela *todo* lo que en ella concierne al mundo? El cientismo dirá que sí, pues rechaza a priori todo otro tipo de acercamiento al mundo. El filósofo, el artista, el hombre simbólico (religioso o psicoanalista) dirán que no.

Pero hay otro problema estrictamente ontológico: ¿cuál es el estatuto ontológico de estas estructuras formales? Ellas no e *tán* realizadas *tales cuales* en el mundo. Ontológicamente tampoco están fundadas sobre los espíritus de los matemáticos que las *descubren*. Estas estructuras, lo mismo que los

predicados de *unidad y necesidad* que rigen la inteligencia no son realidades de hecho, ni en el mundo, ni en la pluralidad de los espíritus. No entra en estas paradojas a fondo. Alude tan sólo el autor al trampolín que ofrecen para una metafísica que trascienda hacia Dios, aludiendo a sus propios estudios en relación con este tema.

Se plantea desde aquí el problema *del mundo matemático* y, más en particular, al de *la creación del ser matemático* (pp. 85-89), empujándolo el autor hasta la alternativa clásica entre un cierto Pitagorismo o Platonismo y un cierto Materialismo, a pesar de la ambigüedad que supone hablar de una Materia de la cual evolucionara todo, hasta las estructuras más sutiles del formalismo matemático, por autocomplejificación, o de un Espíritu creador trabajando en el interior del universo, en concepciones como las de Einstein, Ruyer o Teilhard de Chardin, diferentes éstas, a su vez, entre sí.

Es evidente que tal elección sólo puede hacerse desde la filosofía, la ideología o la fe, no desde la mera ciencia. Todo conocimiento es relativizable en la circularidad no viciosa de hermenéuticas rivales. La urgencia de fundamentación obliga a retroceder siempre más. ¿Hay un fundamento sin fundamento? Una vez más estamos en plena metafísica.

Título original: *Ambiguïté du concept du «réel».*

De la revista: *Laval Theologique et Philosophique*, 1/40 (1984), pp. 71-89. C.P. 2447, Quebec, G1K 7R4, Canadá.

Resumió: M. CUCHILLERO.